

ANABEL GARCÍA

¡A la mierda
el príncipe azul!



Yo quiero un lobo
que me coma mejor

*¡A la mierda el príncipe azul!
Yo quiero un lobo que me
coma mejor*

Anabel García

© Anabel García, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Noemí Hurtado (www.noemihurtado.com)
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: marzo de 2020
ISBN: 978-84-08-22365-8
Depósito legal: B. 2.918-2020
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.
El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1



Algunos despertadores que no han sonado han cambiado el destino de la humanidad.

AGATHA CHRISTIE

Las enormes puertas automáticas de la editorial Onyox se abren ante mí para dar la bienvenida al modesto sonido que producen mis deportivas al caminar, con paso firme, sobre el mármol de la planta baja del emblemático edificio, situado en plena calle Velázquez, en Madrid.

No puedo evitar esbozar una ligera sonrisa cada vez que atravieso estas puertas de cristal, pues siento cierta nostalgia al recordar el gran porrazo que se dio el estirado de mi editor, Jorge Zúñiga, el día que nos conocimos. Fue una de las innumerables veces en que se quedaban atascadas aquellas malditas puertas.

¡Todavía recuerdo cómo tembló el edificio, y no sólo en el sentido literal de la palabra!

Los chicos de recepción desaparecieron en plan suricato, como si se los hubiese tragado la tierra, para poder reírse a gusto tras el mostrador sin que el tirano los descubriese. Fue justo entonces cuando su gélida mirada se posó sobre mí, fulminándome, porque estaba partiéndome el pecho de la risa abiertamente, sin ocultarme.

Hace más de cuatro años de aquello y, desde entonces, ambos tenemos una extraña relación de amor-odio. El amor es más por su parte, ya que ingresa millones de euros al año gracias a mis fructí-

feras novelas, y el odio, fingido, es más por la mía, cuando rechazo sus suculentas y refinadas propuestas pecaminosas.

—Algún día suplicarás de rodillas comerme el nabo, Ágata, y ese día te diré que no eres mi tipo —fue su despedida de anoche, cuando me negué a tener sexo con él mientras bajábamos en el ascensor.

—Para comerte el nabo, tendrías que tenerlo.

No me malinterpretéis, lo suyo no es acoso, para nada, yo lo provooco a propósito, me encanta mantener ese peligroso juego con él, pues es el único hombre lo suficientemente inteligente y maduro como para saber que no es más que eso, un juego entre adultos.

Nunca nos hemos acostado y creo que, a estas alturas del partido, nunca lo haremos, pues el jueguecito es lo que nos atrae al uno del otro: a él le encanta poder tirar los tejos abiertamente a una mujer sin necesidad de ponerse colorado y a mí me encantan las mil y una formas ingeniosas de rechazarlo. Si lo piensas bien, es una relación simbiótica, ambos salimos ganando.

Jorge Zúñiga. Editor jefe de Zurión, el sello más prestigioso de una de las editoriales más grandes del mundo: Onyox, S. A. Cuarenta años. Divorciado tres veces. Pelo rubio ceniza, semilargo y ondulado en plan surfero sexy, aunque siempre lo lleva enmarañado en una coleta desenfadada que se hace quién sabe cuándo a lo largo del día. Sonrisa blanquísima. Dientes perfectamente alineados. Labios carnosos y definidos. Hombros anchos. Pecho firme. Abdominales de infarto. Culito prieto...

Vale. ¿Que por qué sé cómo son su culito y sus abdominales? Porque su palmito ha sido portada de la revista *Men's Health* en varias ocasiones y porque le encanta pasearse en gayumbos por la oficina, para delicia del personal femenino que trabaja en la quinta planta. No os sorprendáis tanto, serán excentricidades de ricos.

Recuerdo aquel día en el que vi una de esas suculentas revistas, en la que su cuerpo protagonizaba la portada.

—Me encanta la portada de la revista *Mentes de Gel*, nunca habrías encajado mejor en ninguna otra, ya sabes, se rumorea que tu cerebro no da para más —le pinché mientras dejaba caer dicha revista sobre su mesa una mañana. En cuanto la vi en el quiosco no

pude retener las ganas que me entraron de comprarla para ir corriendo a provocarlo, y así lo hice—. ¿Me la firmas, por favor? —le pedí poniendo ojos de corderito abandonado.

Clavó sus increíbles ojos azules en los míos para estudiarme con detenimiento, es lo que tiene ser la gran estrella de una editorial, que ni el mismísimo diablo se atreve a soplarte, no vaya a ser que te vayas a la competencia.

—Me propusieron salir contigo en el especial de *Frías Cachondas*, pero no me pareció ético desvelar tu mayor secreto a la humanidad —me contestó, y solté un bufido.

—Señor Zúñiga, me gustaría saber de dónde proviene su apellido, creo que se trata de una mezcla ancestral entre ZUrullo y moÑIGA.

Retuve la risa como pude mientras él me echaba un mal de ojo, dudando que fuese verdad que lo llamase así en sus narices. Le acerqué la pluma violeta que siempre llevo en mi bolso para que me la dedicase, cosa que hizo con sumo cariño:

*Para la mujer más insoportable de la Tierra, espero que te
hagas muchos dedos admirando mi precioso palmito, ese que
jamás podrás tener en la vida real.*

Tu Zuñifantasia Sexual

—Siempre supe que eras idiota, pero ésta es la confirmación absoluta —le dije, despedazando en mil trocitos la portada delante de sus ojos mientras él se descojonaba de la risa.

—Te he pillado, *babe*, asume que te pongo tan cachonda que necesitas venir a provocarme a cada momento —se relamía, el muy cretino.

—Sigue apuntando a la luna, capullo, con un poco de suerte te elevarás a dos centímetros de altura —solte cuando salía de su despacho.

Pero volviendo al presente...

Después de saludar a los chicos de recepción, subo en el ascensor hasta la quinta planta, que es donde se encuentra el des-

pacho de mi adorado Jorge, el señor Zúñiga para el resto de los seres vivos del planeta. Su secretaria no me pide credencial alguna, ya sabe que tengo vía libre para entrar y salir cuando quiera.

En cuanto entro en el gran templo sagrado, lo vislumbro sentado tras su inmensa mesa de hierro negro, forjada por algún famoso diseñador italiano; va ataviado con un impoluto traje de chaqueta azul antracita, lo cual me hace pensar que, incluso estando en el mes de mayo y a cuarenta grados, es incapaz de vestir informal. Carraspeo. De manera automática, levanta la vista de la pantalla del ordenador para deslumbrarme con una de sus cautivadoras sonrisas en cuanto me ve.

—¡Vaya, qué sorpresa, pero si es mi polvo de esta noche! ¿No podías esperar y has venido a buscarlo antes? —me saluda, dando palmaditas sobre sus muslos para que me siente sobre ellos.

—Esta noche he quedado, tendrá que ser otro día, eso en el caso de que me ofrecieses algo más suculento que esa insignificante entrepiera que se cree que tienes. —Cierro la puerta tras de mí y tomo asiento en el butacón de cuero negro que se encuentra frente a él, al otro lado de la mesa, cruzando las piernas de una forma muy sensual—. ¿Interrumpo algo?

—Estaba viendo porno —se señala la bragueta hinchada—, has llegado justo en la mejor parte. Si quieres podemos practicar lo que estaba haciendo esa bella bucanera con el capitán del barco y así te demostraré lo insignificante que es mi entrepiera.

Miro de soslayo la pantalla del ordenador para comprobar que tiene un balance de cuentas abierto; me está vacilando, para no variar.

—Los bucaneros se dedicaban a cazar vacas y cerdos salvajes para *bucanear*, es decir, ahumar la carne y venderla a los navíos que navegaban por las aguas del mar Caribe. Eran mucho más pillos que los mismísimos piratas y, al contrario que ellos, que sólo robaban en alta mar, éstos no desperdiciaban la ocasión de robar también en tierra firme. Por lo tanto, las bucaneras no existen, pues sólo eran hombres quienes se dedicaban a dichos menesteres —expongo.

Me mira con sus increíbles ojos azules y parpadea un par de veces. Yo me encojo de hombros.

—Es lo que tiene pasarse la vida documentándose sobre cosas —me excuso.

—Tienes el don de bajarme la libido a ras del suelo con tus sandeces de marisabidilla, y es una pena, con lo buena que estás.

—Siento decirle, *jefe* —enfático la palabra en un tono morbooso—, que lo que resulta una auténtica pena es que, siendo usted tan joven, atractivo y exitoso, parezca tan necesitado y desesperado. Pierde por completo el poco interés que despierta.

—¡Oh! ¿Deberé entonces ser más misterioso para que por fin podamos follar sobre esta mesa?

Finalmente suelto una carcajada, pues no puede ser más idiota.

—¡Por Dios santo! Esa mesa debe de ser el mueble más usado de la editorial.

—Por eso la compré de hierro, las de madera no aguantaban bien mis brutales embestidas. —Me guiña un ojo, sonriendo victorioso.

—Vale. ¿Lo dejamos en empate técnico? —le sugiero.

—¿Qué empate ni qué hostias? ¡Te has reído, he ganado por goleada! —festeja.

Pongo los ojos en blanco.

—Está bien, tú ganas, hoy no estoy demasiado chisposa, he venido a hablarte de un asuntillo que me preocupa —le digo.

—Si quieres saber mi tamaño sólo tienes que preguntármelo, no hace falta que te preocupes por eso.

—¡Venga, va! Déjalo. Ya te he dicho que el punto es tuyo, ponte en modo jefe serio y responsable, que tenemos que hablar —le indico.

—Pues para eso tendrás que subirte un poco el escote del vestido, porque mi imaginación de hombre de las cavernas no deja de dar vueltas a lo que te metería por ese generoso canalillo, y mira que odio esas pintas góticas que llevas siempre, pero es que vislumbro lo que tienes debajo y...

—Jorge. —Lo miro muy seria, levantando el dedo índice a modo de advertencia, y él eleva ambas manos en señal de rendición.

—Jaque mate. Soy todo oídos, venga, dispara —asume, mirándome fijamente a los ojos.

—Sabes que mañana es el quinto aniversario, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—Y sabes que, como cada año, estaré fuera de la ciudad, ¿verdad?

—Claro.

—Entonces ¿se puede saber por qué coño organizas una firma mañana?

Se queda blanco, mirándome con cara de pánico.

—Seis de mayo —balbucea—. ¡No me jodas! —Se revuelve el pelo desesperado.

—Exacto. Fecha intocable, lo pone en mi contrato —le recuerdo en un tono seco.

—El director de El Corte Inglés me pidió esa fecha como un favor personal, Ágata, no pude negarme. Te juro que no lo hice a propósito. No me acordé —trata de explicarme.

—Te creo porque sé que tienes tantas cosas en la cabeza que es normal que te hayas olvidado de las mías, por eso he venido personalmente hasta aquí en vez de llamarte, para pedirte, o más bien exigirte, que deshagas el entuerto como sea. No pienso ir.

—Pero no puedes faltar, Ágata, ¡es mañana!

—De ninguna manera. —Niego lentamente con la cabeza.

Se levanta hecho un basilisco para deambular por el despacho, maldiciendo en hebreo su metedura de pata y pasando varias veces, por cierto, delante del *roll up* gigante impreso con la cubierta de mi nueva novela y mi foto, esa con la que asegura masturbarse cada día. Desde luego, la escena no tiene desperdicio.

—¡Joder! ¿Y no has podido darte cuenta antes? Ya está todo preparado, lo han publicado en prensa, han repartido los *flyers* y hemos puesto *banners* por todo Madrid...

—No es mi problema —lo interrumpo.

Él se detiene en seco para mirarme como a un perro verde, estupefacto.

—¿Eso es lo que pretendes que les digamos a los miles de lectores que hoy están emocionados con ir mañana a que firmes sus

libros, que no es tu problema? ¡Eres una egoísta! —me echa en cara.

Me levanto de mi butacón y pego un fuerte golpe sobre su mesa, haciéndome mucho daño, aunque disimulo como puedo.

«Me cago en la p... mesa», maldigo para mis adentros mientras observo mi mano enrojecida plantada sobre el oscuro metal.

Avanzo hasta él, amenazándolo con el dedo índice y los ojos envueltos en llamas.

—¿Egoísta?! ¿Quién es el egoísta aquí? ¡Mañana hace cinco años que mi hermana se tiró por un puto balcón! ¡Sólo te pido un único día al año para mí! ¡Uno! El resto me has tenido a tu entera disposición siempre, ¡tan difícil era respetar ese maldito único día? —exclamo indignada contra su cara.

—Ágata —me interrumpe, pues sabe que una vez que se me ha encendido la mecha es imposible apagarla y el estallido es inminente.

—¡Ni Ágata, ni leches! Mañana no cuentas conmigo, ve tú a firmar los libros, que eres quien los cobra, yo mañana no estoy para nadie. Punto.

Avanzo hacia la puerta de salida dispuesta a marcharme, no sé si para siempre, porque ganas no me faltan, y conteniendo el enorme deseo que siento de asestarle un fuerte bofetón en esa mandíbula cuadrada perfecta que tiene.

—¡No me obligues a hacer algo de lo que después me arrepienta! —me amenaza.

—¡Haz lo que te dé la real gana, como siempre!

Salgo de su despacho como alma que lleva el diablo, pegando un fuerte portazo.

Mientras bajo en el ascensor, tengo ganas de romper cosas, de descuartizar cadáveres, y no hay nada mejor que mi actual estado de ánimo para correr hacia mi refugio particular a escribirlo.

No hay mal que por bien no venga, ¡me van a salir unos capítulos de la leche!